



# NOTICIA HISTÓRICA

DE LA

## INDULGENCIA DE LA PORCIUNCULA

TOMADA DEL AÑO CRISTIANO PUBLICADO POR LA  
LIBRERÍA RELIGIOSA, EDICION DE 1863.

El modo con que se podrá hacer y ofrecer la visita se  
halla en la página 28 y siguientes.

110434  
101749  
1139382  
9636



BURGOS:

Imp. de la viuda de Villanueva.

BPE Burgos



3439382 BU 4686 (31)

BU 4686 (31)



S. DEBANY



## INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.



Entre todas las indulgencias que están en uso en la Iglesia, una de las mas célebres, tanto por su antigüedad como por lo maravilloso de su origen, es la indulgencia de la *Porciúncula*. Cuando tanto se entibia la fe, consideramos muy útil ofrecer á las personas piadosas una reseña histórica, etc., de tan singular gracia, á fin de ilustrarlas, de excitar su confianza y de inspirarles un vivo deseo de participar de tan precioso tesoro.

A principios del siglo XIII, á media hora de la ciudad de Asis (Estados pontificios) habia una muy pequeña iglesia, conocida con el nombre de Nuestra Señora de los Angeles, que se llamaba igualmente iglesia de la *Porciúncula*

(I), á la que el santo Fundador del Orden de Menores tenia una especial veneracion. Allí acudia á menudo para satisfacer la tierna devocion que profesaba á María y á los santos Angeles, de los cuales ella es la Reina; allí se engolfaba en la oracion en medio de los armoniosos conciertos de los espíritus celestiales, con los que tenia la inefable dicha de conservar, segun de ello dan testimonio los historiadores de su vida; allí finalmente logró que Cristo Nuestro Señor le concediese la gracia mas extraordinaria en favor de los miseros pecadores.

Compadecido el seráfico Padre San Francisco de la ceguedad de los mortales, con lágrimas y oraciones solicitaba continuamente del Señor la conversion de tantos infelices, y el perdon de las culpas y penas que por ellas

(1) Esta Iglesia no era otra cosa que una pequeñita y ruinosa capilla unida á una porcioncita de tierra que allí contigua poseian los monjes de San Benito, quienes generosamente cedieron el referido local y capilla al restaurador de esta, San Francisco, para fundar allí el primer convento de su Religion. Hoy dia la antigua y propia iglesia de la *Porciúncula*, cabeza de toda la Orden seráfica, se halla situada bajo la cúpula de una basilica, que es una de las mas grandiosas y magnificas de Italia. La mencionada iglesia pequeña no tiene mas que un preciosísimo altar, ante el que hay diez y siete lámparas de plata de las cuales siete arden dia y noche.

merecian. Sucedió, pues, por el mes de Octubre de 1221 que, estando una noche por los referidos motivos muy angustiado el corazón de este enamorado de Cristo, mientras que desde su retiro de la *Porciúncula* clamaba al Señor de lo íntimo de su alma, pidiendo por todos misericordia, y ofreciéndose por la salvación del mundo á ser víctima de la caridad, la Majestad Divina le envió un Angel en forma visible, el cual le dijo que fuese á la iglesia, donde le esperaban Cristo Nuestro Señor y su Purísima Madre con numerosa comitiva de espíritus celestes. Entró en la iglesia, y atónito y reverente se postró en tierra, no pudiendo soportar aquel divino resplandor. En seguida la Majestad de Cristo, dirigiéndole amorosamente la palabra, dijo «Francisco, «ya que son tan ardientes tus deseos de la salvación de las almas y á mi tan agradables, te «doy permiso para que pidas alguna gracia en «favor de ellas, para consuelo de los fieles y «exaltacion de mi nombre » El temor reverencial tuvo un rato al Santo en delicioso asombro; pero vuelto en sí, respondió: «Altísimo «Señor y Padre de misericordias, atendiendo «al precio inestimable de vuestra Sangre y la



«sobreabundancia de los méritos de vuestra do-  
«lorosa muerte, os pido con toda humildad y  
«rendimiento un favor muy del agrado de  
«vuestra piedad para los hijos de vuestra Igle-  
«sia: concededme, dulcísimo Señor mio, que  
«todos los fieles que entren en esta santa casa  
«contritos y confesados, ganen indulgencia ple-  
«naria y total remision de todas las culpas, y  
«queden libres de las penas debidas por la sa-  
«tisfaccion, y reducidos al feliz estado en que  
«los puso la primera gracia que recibieron en  
«el santo Bautismo. Y Vos, soberana Reina de  
«los Angeles y Madre de mi Señor, ya que vues-  
«tra gran piedad os ha merecido el glorioso  
«título de abogada de los pecadores, sed la me-  
«dianera con vuestro divino Hijo, á fin de que  
«por vuestra intercesion, conceda lo que no  
«puede merecer este indigno esclavo vuestro  
«y pecador miserable.» Con el mayor agrado  
oyó la Virgen Madre la súplica de su devoto  
siervo, y dijo á su Hijo: «Señor mio é Hijo  
«dulcísimo de mis entrañas, la peticion que el  
«celoso de vuestra gloria y mi devoto Francis-  
«co ha hecho á vuestra Majestad os repite mi  
«amor, alegando á favor de los hombres, de  
«quienes soy abogada, las humillaciones de es-

«clava y los privilegios de Madre vuestra á fin  
«de que concedais esta gracia.» Respondió el  
«Señor: «Francisco, mucho has pedido, pero  
«con medio tan eficaz como son los ruegos de  
«mi amantísima Madre, aun á mayores empre-  
«sas puede anhelar tu celo. Yo te concedo la  
«indulgencia plenaria que me pides; pero quie-  
«ro que vayas á mi Vicario, á quien dejé en la  
«tierra plena potestad de atar y desatar las  
«prisiones de la culpa, y le intimes de mi par-  
«te que es mi voluntad que confirme esta in-  
«dulgencia para que el mundo entienda la esti-  
«macion y aprecio que debe hacer de la rúbri-  
«ca de mi Vicario, á quien dejé la fiel secreta-  
«ría de mis mercedes.»

Desapareció esta celestial vision, y los  
compañeros del Patriarca de los pobres que  
habian alcanzado ver las luces y oír las voces,  
aunque deseaban saber el misterio, pudo mas  
para detenerlos el temor que para avivarlos la  
curiosidad. Aguardaron, pues, á que el Santo  
saliese de la iglesia, y pidiéronle con instancia  
por amor de Dios que les diese noticia de lo  
sucedido. No pudo negarse á su peticion, vién-  
dolos tan enterados de las prodigiosas seña-  
les que habian tocado, y así les participó por

entero todo lo acaecido, encargándoles el secreto. La mañana siguiente eligió á uno de ellos por compañero, y partió á Perusa, donde á la sazón se hallaba el Sumo Pontífice. Obtenida audiencia y habiéndole besado el pié, le dijo: «Santísimo Padre, pocos años ha que á diligencias mias se reparó en los campos de Asis una antigua ermita consagrada á la Madre de Dios, con advocacion de Santa María de los Angeles. En este nido nació y creció esta pobre Religion de los Menores, favorecida con la proteccion de esta gran Señora: suplico, pues, humildemente á Vuestra Santidad que, á honor suyo y á la mayor honra y gloria de su Santísimo Hijo y bien de las almas que redimió con el precio de su Sangre, me conceda indulgencia plenaria y remision de todos los pecados para aquellos que, contritos y confesados, visitaren esta iglesia, sin que para ganarla tengan obligacion de dar limosna alguna.» Dificultó el Papa la concesion, por la circunstancia de pedir indulgencia plenaria sin obligacion de dar limosna, como cosa opuesta al uso corriente de la Iglesia Romana, que no concede semejantes gracias sin el gravamen de limosnas y obras pias, con que los



fieles se hagan mas capaces y se dispongan mas bien para el logro de tales indulgencias. Preguntóle por cuántos años pedia la dicha indulgencia. A lo que respondió el seráfico Patriarca: «Santisimo Padre, yo no pido años, «sino almas.» «No entiendo tu peticion, replicó «el Papa, ¿cómo pides almas? Lo que yo pido «á Vuestra Santidad, respondió Francisco, es «que todos los fieles que, contritos y confesados, «visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula*, queden absueltos y libres de toda culpa y pena, como quedaron por la gracia primera del Bautismo.» Quedó el Papa suspenso, «y le dijo; Francisco, muy dificultosa es tu peticion y no practicada en la Curia.» Insistió «el Serafin de Asis, diciendo: «Santísimo Padre, «sepa Vuestra Santidad que esta petieion no «es mia, sinó órden expresa de Nuestro Señor «Jesucristo, en cuyo nombre os lo intimo, y os «hago saber que este es el beneplácito de su «adorable voluntad.» Estas palabras hicieron tal impresion en el corazon del Sumo Pontífice, que movido de impulso divino dijo tres veces: *Estoy satisfecho, y te concedo la gracia que pides.*

Los Cardenales que se hallaron presentes extrañaron mucho esta resolucion, é intentaron

disuadirle de ella con estas razones: «Beatísimo Padre, mire bien vuestra Santidad que esta concesion, á mas de ser excesiva, es perjudicial á los Santos Lugares de Jerusalem y á las Estaciones de Roma, porque ¿quién habrá que se determine á pasar por las incomodidades y peligros que tienen tan largas peregrinaciones, si con menos gastos y trabajo puede lograr en Asis lo que se busca en Jerusalem?...» Respondió el Sumo Pontífice: «La concesion ya está hecha y no conviene revocarse; lo que podemos hacer es modificarla y limitar la indulgencia á un día natural y determinado en cada año.» Vuelto despues al Santo, dijo: «Francisco, yo de plenitud de potestad concedo que todos los fieles que, contritos y confesados visitaren la iglesia de Santa María de *Porciúncula* un día natural y determinado, que empezará desde las vísperas primeras hasta las segundas del dia siguiente, en cada año ganen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados, y esto perpétuamente.» Oyó el seráfico Padre la resolucion del Vicario de Jesucristo, y hecha una profunda reverencia se despidió sin hablar palabra. Dijole entonces el Papa: «Hombre sencillo,

«¿dónde vas, y qué despachos te llevas que hagan fe de este indulto?» Respondió Francisco: «Santísimo Padre, bástame la palabra de Vuestra Santidad, porque siendo esta, como es, obra de Dios, corre á cuenta de su providencia el que se haga notoria al mundo, y tenga efecto su santa voluntad. Yo sé muy bien que el notario que dá fe de esta gracia es Cristo, sabiduría de su eterno Padre; María es el cándido papel en que se escribió con caracteres de gloria, como todas las demás gracias que compendió en ella el dedo de Dios, ó sea el Espíritu Santo, y los testigos son los Angeles, de cuyo antiguo testimonio tienen la autoridad las obras del Altísimo.» Esta respuesta hija fué de su fe y humildad, que daban alientos á la firmeza de su esperanza fundada en la infalibilidad de las divinas promesas. No se acordó el serafin de Asis de los estilos de la Curia, porque como negociaba con Dios, sacando sus despachos del tribunal de su misericordia, no le ocurrió que fuesen necesarias humanas diligencias, excepto aquellas que le prescribió la voz de Dios cuando le mandó que le diese la noticia á su Vicario.

Despues de concluida su audiencia, salió San Francisco de Perusa para regresar á Asis, y llegando á la mitad del camino se sintió interiormente tocado de la visitacion divina; y como tan práctico en las vias de la perfeccion, acogió con agrado estos movimientos, haciéndose mas capaz de nuevas gracias con la obediencia pronta á las divinas inspiraciones. Apartóse del compañero buscando la soledad, y en ella derramó como agua su corazon en hacimiento de gracias por los frecuentes beneficios que recibia de la mano liberal de su Dios, y singularmente por el buen suceso que habia tenido su pretension en la Curia pontificia. Revelóle el Señor como la indulgencia que habia aprobado su Vicario en la tierra estaba ya confirmada en el cielo. Participó despues á su compañero esta alegre noticia para que le ayudase á ser agradecido, correspondiendo en parte con sus fervores á la grandeza de su obligacion. Llegó al convento de la *Porciúncula*, y en los dos años siguientes no tuvo efecto la indulgencia, porque no hubo oportunidad de sacar los despachos para la promulgacion, á causa de la turbulencia de los tiempos y viajes del Sumo Pontífice. Afligiale

mucho esta dilacion, por ver paralizado el fruto que esperaba recoger en beneficio de las almas; y así instaba al Señor que lo dispusiese con la suavidad y fortaleza de su providencia.

Absorto estaba nuestro Santo en las dulzuras de la contemplacion una noche de los primeros dias del mes de Enero de 1223, cuando el comun enemigo, que hasta entonces habia combatido al animoso soldado de Cristo con fierezas y crueldades, mudó todas sus baterías, y le acometió con lisonjas y compasiones. Apareciósele como ángel de luz, y le dijo: «Francisco ¿como te das tanta prisa por acabar con esa vida que ha sido y será de tanto provecho para la universal Iglesia? Gastar en la oracion las noches enteras sin darle al cuerpo la necesaria refeccion del sueño, es una impiedad agena del Cristianismo, que fundado en las máximas de la caridad, condena que el hombre se dé voluntariamente la muerte. Las virtudes dejan de ser virtudes si tocan en los extremos, y pierden toda su sazon si les falta la sal de la prudencia. La oracion es un ejercicio en que gasta el alma sus mas puros afectos, cuya nimiedad y eficacia sofocan el calor natural, y consumen los espíritus vitales

«del corazon; y quanto tiene de provechosa si  
«es moderada, viene á tener de inútil si es  
«continúa; porque flaqueando la cabeza con la  
«atencion demasiada y la disipacion de los es-  
«píritus, cuando se busca la devocion se en-  
«cuentra el delirio. No es esta la primera vez  
«que te he dado este aviso; pero viéndote tan  
«poco corregido, temo que te pierdas por ca-  
«prichoso, y que con la nimiedad indiscreta de  
«tu celo cortes los vuelos á tu principal voca-  
«cion, que es ganar muchas almas. Ahora es-  
«tás en la mejor sazon de lograr este precioso  
«fruto, porque tu edad no es mucha, es madu-  
«ra, amaestrada de las experiencias y ayudada  
«de la opinion que el buen olor de las virtudes  
«ha ganado entre los hombres. Tu Religion,  
«aunque está bien dilatada, todavia es planta  
«nueva y tierna que necesita del cultivo de tu  
«mano. Si en la breve ausencia que hiciste á  
«la Siria se marchitaron sus verdores, ¿qué es-  
«peras suceda si por la indiscrecion de tus pe-  
«nitencias perdieses la vida? Templa, pues, el  
«rigor de estas austeridades, y atiende á que  
«naciste para el bien de muchos, al que debes  
«posponer el tuyo propio. Fuera de que tu ma-  
«yor bien es ser bueno para todos; y este mo-

«tivo debe empeñarte á que atiendas en lo posible á tu conservacion. Conténtate con los deseos de la mortificacion, y deja su ejercicio para los que tienen rebeldes sus pasiones, pues la Iglesia te ha menester mas vivo que mortificado;» y dicho esto desapareció.

Como el dañado aliento de esta bestia es venenoso, ocasionó en el corazon del Santo un turbulento desasosiego, que le dejó bien seguro de su infame causa. Levantóse de la oracion, desnudóse el hábito, y quedando en paños menores, salió de la celdilla del extremo del huerto en donde oraba, y una vez fuera de la cerca, se arrojó en unas zarzas, cuyas penetrantes espinas con el riego de su sangre se convirtieron en bellísimas rosas, unas blancas y otras purpúreas. «O maldito consejero, decía, ¿quitar me querias el ejercicio de la penitencia? «Claro está, quisieras hacerme acomodado para tenerme por tuyo; pero así respondo á la sofistería de tus engaños con la sutileza de estas espinas. No puedo vengarme de tu malicia sino despreciando tu soberbia y castigando en mi carne con las puntas de este espino tus atrevimientos. Desengáñate, rebelde é infeliz espíritu, que no quiero vivir sin padecer,

«ni he de buscar descansos, sino penas, para «sentir en el modo que me sea posible los dolores y tormentos que padeció por mi amor «mi maestro Jesucristo.»

Estando así bañado en su sangre y hecho su cuerpo una llaga, se aparecieron una multitud de Angeles que llenaron de resplandor todos los alrededores. Diéronle los parabienes de tan insigne victoria, y le dijeron: «Francisco, triunfador valiente de los engaños del demonio, levántate, sal presto de la espesura de esa zarza, y camina en seguimiento nuestro á la iglesia, donde te esperan Cristo Nuestro Señor y su Purísima Madre y Reina nuestra.» Salió de la zarza, y se vió milagrosamente cubierto con una ropa candidísima; y cogiendo por mandato de los Angeles doce rosas blancas y doce encarnadas, de las muchas que produjo la zarza que fué instrumento de su martirio, tomó la senda que guiaba á la iglesia, la que á la vista estaba cubierta y entapizada con preciosas alfombras. Entró en la iglesia, y vió en ella á Cristo y su Santísima Madre asistidos de innumerable multitud de Angeles. Adoró postrado en tierra á la Majestad Soberana, diciendo: «Omnipotente Dueño de cielos y tier-



«ra y piadoso Salvador del linaje humano, os  
«ruego con humildad, por las grandezas de  
«vuestra inefable misericordia, os sirvais deter-  
«minar el día dichoso en que haya de tener  
«efecto la indulgencia que me concedió vuestra  
«dignacion, por ruegos de vuestra Santísima  
«Madre y mi Señora. Y á Vos Reina y Madre  
«Purísima, en quien han tenido siempre feliz  
«éxito mis esperanzas, suplico rogueis á vues-  
«tro amantísimo Hijo me conceda este favor  
«para bien de las almas redimidas con el pre-  
«cio de su sangre.» A los ruegos de María San-  
«tísima respondió propicio su benditísimo Hi-  
«jo, diciendo: «Francisco, yo te concedo lo que  
«me pides por mi Madre dulcísima, y quiero  
«que el día sea aquel en el cual mi Apóstol  
«Pedro fué desatado de las cadenas (el día  
«1.º de Agosto), empezando desde las segun-  
«das vísperas y acabando en las del día si-  
«guiente, inclusa la noche intermedia: durante  
«cuyo tiempo, cualquiera que entre en esta  
«iglesia alcance la indulgencia plenaria que tú  
«pediste. Pero, Señor, repuso Francisco, ¿cómo  
«sabrán esto los hombres y cómo me darán  
«crédito? Esto se hará, respondió el Señor, con  
«mi favor, y el auxilio de mi gracia; tú entre

«tanto partirás á Roma y notificarás á mi Vicario ser este mi beneplácito, pues yo moveré su corazon para que todo tenga debido efecto. «Y porque mi Vicario dé entera fe á tu legacía, llevarás á algunos de tus compañeros que están noticiosos de estas maravillas, las rosas blancas y encarnadas que cogiste de la zarza, y se las darás en mi nombre, con lo que tendrán mi voluntad y tu pretension entero cumplimiento.» Dicho esto, el coro de los Angeles entonó el himno *Te Deum laudamus*, que concluyó con suavísima armonía, y desapareció toda aquella celestial vision, dejando enajenado al Santo en júbilos de alegría.

Gozoso y confiado al dia siguiente el seráfico Patriarca tomó tres rosas blancas y tres encarnadas en reverencia del inefable misterio de la Beatísima Trinidad, y con tres compañeros suyos partió á la ciudad de Roma, y en San Juan de Letran, habiendo ofrecido los debidos homenajes al sumo Pontífice, le refirió todo el suceso, dando por testigos á sus compañeros que estaban enterados de tantos misterios, y para dar mas fe á su legacia le ofreció las rosas blancas y encarnadas. Quedó maravillado el Papa, viendo en el tiempo mas ri-

guroso del año y en lo mas erizado del invierno rosas de tan rara belleza, frescura y admirable fragancia, y dijo: «¡Qué testimonio mas irrefragable de esta verdad que estas rosas, en que veo y admiro otras tantas maravillas, que son las voces con que se explica la Omnipotencia! Creo ser así como dices la voluntad de Dios, pero el asunto se ha de proponer al consejo de nuestros hermanos los Cardenales, con cuya aprobacion y consentimiento tenga mayor celebridad esta gracia.» Entre tanto dió orden á sus domésticos que en palacio acogiesen con decoro á aquellos religiosos y les suministrasen cuanto hubiesen menester. El dia siguiente compareció el bienaventurado Padre con sus compañeros al consistorio sagrado, y postrándose en tierra, dijo: «Dignísimo Vicario de Cristo, dignaos cumplir la voluntad del Señor y de la Virgen Madre en la materia que os he propuesto.» Respondióle el Papa: «Aunque ya me has enterado de todo, vuelve, no obstante, á decirlo aquí en presencia de mis hermanos los Cardenales.» Entonces hecha una circunstanciada relacion de todo lo acaecido, concluyó Francisco diciendo: «La voluntad de Dios es que cualquie-

«ra que desde las vísperas del 1.º de Agosto hasta las vísperas del día siguiente entraren en la iglesia de Santa María de los Angeles de Asis, «reciba plena remision de todos los pecados que «haya cometido desde el día del Bautismo hasta el momento en que entre en dicha iglesia, «y asimismo quede libre de la pena por ellos «merecida, con tal que se haya confesado con «corazon contrito y humillado.» En seguida el mismo Pontífice mostró las tres rosas blancas y las tres encarnadas, que fueron de grande admiracion y placer á los Cardenales, tocando su hermosura y oliendo su suavidad tan intempestiva como en los rigores de Enero. Hablóse largamente de este asunto en el consistorio y penetrado el Sumo Pontífice de que esto habia sido el agrado de Cristo por los ruegos de su Inmaculada Madre, concedió públicamente la indulgencia pedida, ó mas bien la confirmó. Escribió despues al Obispo de Asis y á otros seis Obispos de aquella comarca que el día 1.º de Agosto se reuniesen en la referida iglesia para promulgar solemnemente la indulgencia de la *Porciúncula*.

A la manera que las industriosas abejas en los alegres dias de la primavera recorren pre-

surosas las flores y posan sobre ellas para lamer y extraer con su trompa el delicioso almidón que contienen, y recoger al propio tiempo de los estambres el pólen para fabricar la mas dulce y sabrosa miel, así tambien, no solo los vecinos de Asis y lugares comarcanos, si que tambien muchísimos venidos de lejanos países, anhelando chupar el celeste rocío, acumular tesoros de gracia y formar en su interior el hermoso panal de las virtudes, llegado al ansiado dia de la promulgacion de la indulgencia de la *Porciúncula*, de todas partes se veian afluir en tropel solícitos de su salvacion, sin perdonar gastos ni fatigas, con tal que pudiesen tener la envidiable dicha de saborear las bendiciones celestiales y ganar la especialísima y sin igual indulgencia que de un modo tan solemne se iba á promulgar. Se habia preparado de antemano un tablado, desde donde pudiesen los Obispos promulgar la indulgencia. Estando ya todo provisto, estos aconsejaron á Francisco que subiese á predicar en el púlpito prevenido en el mismo tablado. Obedeció el Santo, é hizo un fervoroso sermón, en el cual, ponderando las misericordias del Altísimo, expuso lo que habia sucedido, y concluyó

diciendo que tanto Cristo Nuestro Señor como su Vicario el Papa le habian concedido perpetuamente aquella indulgencia para el dia señalado. Al oir los Obispos que el Santo decia que la indulgencia era perpétua, lo tomaron á mal: intentaron despues reconvenirle, y le dijeron que iban á publicar la indulgencia, pero duradera únicamente por el espacio de diez años. Francisco respondió con mucha humildad que la mente del Sumo Pontífice era que la indulgencia fuese perpétua, que así se la habia concedido el mismo Jesucristo y confirmado Su Santidad. Poco crédulos los Obispos á las palabras del santo Patriarca, resolvieron rectificar lo que él habia dicho sobre la perpetuidad, y de comun consentimiento de los otros se levantó el Obispo de Asis, y, queriendo decir *por diez años*, dijo, contra su voluntad, *perpétua*. Súpoles mal á los otros, quienes siguiendo aun en su primer modo de pensar, se levantaron, y sucesivamente con voces altas hablaron contra lo mismo que sentian, mudándoles á todos el Señor las palabras, y dándoles á entender con este admirable suceso que su voluntad era que la indulgencia fuese perpétua todos los años, conforme habia predicado San

Francisco. Esto les causó grande admiracion. De esta manera, con entusiastas aclamaciones y universal alegría de todos los presentes, fué promulgada la indulgencia de la *Porciúncula*. Los Obispos no solo reconocieron y publicaron ser esta la voluntad de Dios, sino que depusieron con juramento y suscribieron á este prodigio. Iguales testimonios fehacientes dieron las autoridades locales y la nobleza de Asis, cuyos documentos quedaron depositados en el archivo. Los cronistas refieren que cuando el seráfico Padre predicaba el sermon tenia en la mano una cédula, y elevando tiernamente la voz y con gran ferxor de espíritu lo que en ella estaba escrito, á menudo repetia: *Quiero enviaros á todos al Paraíso.*

La Iglesia, madre cariñosa de sus hijos, viendo que los fieles apartados de Asis por la distancia del camino ú otros inconvenientes no podian aprovecharse de gracia tan singular, fué extendiendo y ampliando esta indulgencia á otros puntos, hasta que por concesiones de Gregorio XV de 4 de Julio de 1622, y de Benedicto XIV de 25 de Setiembre ds 1741, etc., todo fiel cristiano puede actualmente ganar la indulgencia de la *Porciúncula* en cualquier igle-

sia de religiosos ó religiosas de San Francisco, sean de la familia que sean, ora estén las religiosas sujetas al Ordinario, ora no lo estén. Hay algunas otras iglesias en que, por especial gracia de la Santa Sede Apostólica, se puede disfrutar de este inapreciable tesoro.

A tenor de las disposiciones pontificias, para ganar la indulgencia de la *Porciúncula* se requieren tres condiciones:

1.<sup>a</sup> *Confesion.* El sacramento de la Penitencia debe recibirse aunque no se considere reo de culpa grave; pero aquel que no teniendo legítimo impedimento acostumbra confesarse á lo menos una vez cada semana, y no sabe que haya cometido culpa mortal desde la última confesion, puede ganar esta indulgencia sin necesidad de volverse á confesar. (*Sacr. Congr. Indulg. 15 decembr. 1841.*)

2.<sup>a</sup> *Comunion.* Toda persona adulta que quiera ganar esta indulgencia ha de recibir la sagrada Comunion (1), y no basta la costumbre de comulgar cada ocho dias, ni aunque fuese con mas frecuencia.

*Advertencias.* 1.<sup>a</sup> La confesion y comunion

(1) Gregorio XV, brevi *Splendor*, 4 Julii 1622.



pueden practicarse en cualquier iglesia (1).  
2.<sup>a</sup> Pueden efectuarse ya sea el día 1.<sup>o</sup> ya el día 2 de Agosto, y no importa que se verifique esto antes ó despues de la visita de la iglesia en la que puede ganarse la indulgencia de la *Porciúncula*.

3.<sup>a</sup> *Visita*. La visita puede hacerse desde las dos de la tarde del día 1.<sup>o</sup> de Agosto hasta la puesta del sol del día siguiente (2). Durante la visita se han de dirigir algunas piadosas súplicas á Dios por la concordia entre los príncipes cristianos, extirpacion de las herejías y exaltacion de la Santa Iglesia (3). No está asignada la oracion que se ha de recitar ni su duracion, pero bastará rezar seis veces el *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri*, rogando á la intencion del Sumo Pontífice.

Nótese que seria muy útil que aquellos que saben leer, para hacer las visitas usasen el modo que sigue á continuacion, por mas que no estén á ello obligados.

La dicha indulgencia de la *Porciúncula* pue-

(1) Sacr. Congr Ind. 23 Februarii 1847 et 8 Julii 1850.

(2) Id. Gregorius, brevi *Splendor*, ut supra.

(3) Id. id.

de ganarse tantas cuantas veces se repita la visita. Una de las visitas puede cualquiera aplicarla á sí mismo; pero las restantes deben aplicarse por modo de sufragio para los fieles difuntos (1). Al empezar las visitas es muy regular que cada cual procure aplicarse la primera visita para sí propio, y en las demás visitas para los difuntos es muy del caso que en cada visita la aplicacion sea para algun difunto determinado, v. gr.: una visita se aplica por el alma del padre, otra por la de la madre, la siguiente por la de una hermana, etc.; y seria bueno que se sustituyese otro difunto para el caso que no necesitase la tal indulgencia aquel difunto para quien principalmente se aplica. Despues de cada visita acostumbran los fieles salir del templo y despues de pasearse un poquito, vuelven á entrar para hacer otra visita, y así se va practicando tanto el dia 1.º como el dia 2 de Agosto. De este modo se hace en todas partes, y á esta costumbre aludia continuamente la sagrada Congregacion, cuando, siempre que era consultada sobre si se podia ganar esta indulgencia tan-

(1) Innocentius XI, *brevi Alias* 42 Januarii 1687.

tas veces cuantas se repetía la visita, respondía *servandun esse solitum*, esto es, que se había de guardar lo acostumbrado. Finalmente la sagrada Congregacion, para evitar nuevas consultas, no se contentó con responder que se guardase lo acostumbrado, sino que respondió claramente que los que por la *Porciúncula* visitaban las iglesias del Orden de San Francisco, y oraban allí un poquito, ganaban indulgencia plenaria tantas cuantas veces repetian la visita (1).

(1) Sacr. Congr. sub die 25 Februarit 1847 et 8 Julii 1850.

MODO CON QUE SE PODRÁ HACER Y OFRECER LA  
VISITA DE PORCIÚNCULA.

---

Arrodillado y hecha la señal de la cruz, se preparará con un fervoroso acto de contrición y en seguida podrá hacer la siguiente

Aplicacion de la indulgencia para sí mismo.

Oh divino Salvador mio, que habeis bajado sobre la tierra para abrasarla en la llama de vuestro amor, inflamad en mi corazon ese fuego sagrado, para que pueda ganar cumplidamente para mí mismo la indulgencia concedida por vuestra infinita misericordia. Atraedme á Vos, unidme á Vos, transformadme en Vos, á fin de que, habiéndoos seguido fielmente durante la vida por el camino que me habeis trazado con vuestra Sangre, pueda despues venir luego á gozar las celestiales

delicias y cantar las eternas misericordias.  
Amen.

Aplicacion para algun difunto.

---

Oh piadosísimo Redentor, los excesivos tormentos que sufren las afligidas almas del purgatorio y el inmenso amor con que las amais, porque están estrechamente unidas á Vos por los lazos indisolubles de la caridad, es lo que me anima á implorar por ellas vuestra inefable clemencia; y la indulgencia que con los auxilios de vuestra gracia intento ganar en esta visita, la aplico en sufragio del alma de N., y si á ella no puede aprovechar, la aplico á la que sea de vuestro mayor agrado y de mi especial obligacion. Dignáos, Señor, aceptarla plenamente, y haced que desde ahora suba á recibir el eterno ósculo de paz en la gloria. Amen.

Despues de aplicada la indulgencia, saludese á la

Reina de los Angeles con la *Salve*, y en seguida, á la intencion del Sumo Pontífice se dirá la siguiente

## ORACION.

---

Oh Jesus amantísimo, que habeis prometido asistir á vuestra esposa la Iglesia hasta la consumacion de los siglos, miradla con la grandeza de vuestra bondad y segun la multitud de vuestras misericordias, y extended vuestra poderosa mano para calmar los vientos y tempestades que rudamente la azotan. Consolad, sostened, alentad al Sumo Pontífice vuestro Vicario sobre la tierra, contra quien está conjurada la impiedad. Ostentad, Señor, el poder de vuestra omnipotente diestra y exaltad la Santa Fe Católica, á fin de que con su celestial brillo y pureza atraiga todos los entendimientos al conocimiento de la verdad y todos los corazones al amor de la virtud. Extirpad todas las herejías y

errores, desbaratad las p rfidas   hipócritas maquinaciones de los que se deleitan en desgarrar las entrañas de tan bondadosa Madre, convertid   los pecadores y perfeccionad   los justos. Conceded una perfecta union y concordia entre los principes cristianos, infundid un santo temor   sus consejeros y ministros, y atended, finalmente, con entrañas paternales   vuestro católico reino y   sus reyes, alentad la fe que tan pura conservan y con la que tanto se esmeran en tributaros sus debidos y respetuosos homenajes. Y Vos, oh Virgen Madre, Reina de los Angeles y refugio de pecadores, asistidme, acogedme bajo vuestro maternal manto, y alcanzadme de vuestro Divino Hijo las gracias especiales que necesito para serle fiel hasta la muerte, y alabarle despues eternamente en compañia vuestra en la celestial patria. Así sea.



B.P. BURGOS
N.R. 110.434
NT. _____
G.D. _____
BU
_____
_____
_____

**BU**  
**4686**  
**(31)**